

Disidencias y lealtades dentro de los sistemas religiosos evangélicos

Luis Felipe Ramírez Cerecedo¹

RESUMEN

Los movimientos evangélicos siempre han mostrado una enorme multiplicidad de perspectivas sobre las realidades sociales desde lo teológico. Aunque algunos de los especialistas religiosos evangélicos expresen discursos antipolíticos, los creyentes han mostrado un amplio abanico de perspectivas sobre lo social, posicionándose a favor o en contra de los sistemas y partidos políticos. El propósito de este artículo es exponer parte de los posicionamientos del mundo evangélico en términos políticos, identificando aspectos de la cultura real y la cultura ideal que existe sobre las diferentes perspectivas entre creyentes y actores sociales.

Palavras-chave: evangélicos, política, disidencias, lealtades, cultura.

Dissidences and loyalties within evangelical religious systems

ABSTRACT

Evangelical movements have always shown a vast range of perspectives on social realities from a theological standpoint. Even though some evangelical religious specialists may voice anti-political views, believers have demonstrated a wide array of perspectives on social issues, either supporting or opposing political systems. The purpose of this article is to highlight some of the political stances within the evangelical world, identifying aspects of both real and ideal culture that exist across the different viewpoints of believers and social actors.

Keywords: evangelicals, politics, dissidents, loyalties, culture.

¹ Estudiante de doctorado, maestro en Ciencias Antropológicas por la Escuela Nacional de Antropología e Historia y licenciado en Antropología Histórica por la Universidad Veracruzana, email: Luis_cerecere@outlook.es

Introducción. Breve acercamiento a las dinámicas históricas de lo político-religioso y los evangélicos en México

Históricamente, México ha sido un país marcado por una gran cantidad de cambios políticos, religiosos, demográficos y geográficos, transformaciones que han generado profundas modificaciones en las dinámicas religiosas. En este sentido, las investigaciones sobre las dinámicas político-religiosas reflejan una serie de adaptaciones, colaboraciones, expresiones políticas, persecuciones, conflictos, posicionamientos y lealtades de los sistemas religiosos.

A principios del siglo XIX, tras la independencia (1810) y el surgimiento del Primer Imperio Mexicano (1821-1823), la fuerza de choque era el Ejército Trigarante, aunque su principal objetivo era garantizar la estabilidad política y la independencia del país frente a las autoridades españolas, su vinculación con la Iglesia Católica fue bastante estrecha. Esta fuerza armada surgió tras la firma del Plan de Iguala (1821), como un acuerdo entre los insurgentes y las fuerzas realistas, el cual prometía la independencia de México bajo tres garantías: religión, independencia y unión. En este contexto, la garantía de la religión establecía que el catolicismo debía mantenerse como la única religión oficial del país, lo que reflejaba el fuerte apoyo de un sector conservador, a la Iglesia y a la causa independentista. Por lo tanto, el Ejército Trigarante no solo defendía la independencia política, sino que también protegía la preeminencia de la Iglesia Católica que desempeñaba un papel central en la vida social y política del naciente México en ese momento. Esta alianza entre la Iglesia y el ejército fue clave para la consolidación del nuevo orden político, primero imperial y luego centralista.

Tras la independencia de México, en 1821, el Ejército Trigarante dejó de existir como tal, pero su legado permaneció al influir en las dinámicas políticas del país. Sin embargo, a medida que México avanzaba hacia la consolidación de su República, este ejército se fue reorganizando y modificando a lo largo de los años. Ya en 1846-1848, la guerra entre México y Estados Unidos tuvo un impacto decisivo en este proceso, ya que la derrota en esta guerra y la posterior pérdida de territorios clave y gran parte del norte del país, desestabilizó aún más la estructura política y social del joven Estado mexicano.

Durante este conflicto se desarticulaban muchas de las estructuras heredadas de la Monarquía española y el ejército que, inicialmente, había sido leal a la causa de la independencia y que ya había tenido una compleja red de

transformaciones, quedó destruido; dando paso fácil a nuevas perspectivas políticas dentro del país, ocasionando la consolidación de una República diferente que adoptó nuevas ideas sobre la organización política y la relación entre el Estado y la Iglesia.

Por ejemplo, las reformas del entonces presidente Valentín Gómez Farias (1781-1858), en 1833-1834, fueron un intento temprano de reducir el poder eclesiástico y de sectores politizados del ejército en México, con la promoción de principios y un marco de legalidad liberal. Entre sus principales medidas estuvieron la eliminación del fuero eclesiástico, la expropiación de propiedades del clero, la implementación de una educación pública y laica, así como la disminución de los privilegios tanto militares como religiosos.

Dentro del marco de la consolidación de las **Leyes de Reforma (1855-1863)** y la **derrota del Segundo Imperio (1857-1867)** se plantó una transformación profunda en la relación entre lo político y lo religioso en México. Aunque estas leyes establecieron la **separación oficial entre la Iglesia y el Estado**, el ámbito religioso nunca se ha despolitizado por completo. Sin embargo, la sociedad mexicana ha asimilado la idea de que un líder político no debe ser **abiertamente confesional**, percepción que se reforzó con la **desarticulación del ejército conservador, la derrota imperial** y, posteriormente reafirmando, con la **Guerra Cristera (1826-1829)**. Estos conflictos dejaron una huella en la **memoria colectiva del pueblo mexicano de siglo XX**, consolidando la noción de que el Estado y la Iglesia deben permanecer separados.

Sobre este aspecto, a finales del siglo XIX y principios del XX, México fue uno de los centros de surgimiento y llegada de una gran diversidad de sistemas religiosos evangélicos. Estos sistemas, conformados en su mayoría de misioneros de Estados Unidos y Europa, comenzaron a expandirse en distintas regiones del país, claramente adaptándose a los contextos locales, evangelizando y mostrando una compleja percepción del mundo social que los rodeaba.

Su crecimiento no solo representó una transformación en el campo religioso, sino que también introdujo complejas perspectivas simbólicas, míticas y rituales y, además, reforzando parte de las ideas de separación entre la Iglesia y el Estado. Estos nuevos sistemas religiosos desarrollaron posiciones diversas sobre lo social y lo político, desde visiones que respaldaban las estructuras de poder hasta posturas de resistencia y disidencia frente al Estado y otros actores sociopolíticos.

Hay que recalcar que muchos de estos grupos son, en mayor o menor medida, herederos de la *Reforma Radical Protestante*. Esta *Reforma* constituía, en parte, a aquellos cristianos protestantes anabaptistas que creían que su *reforma* debía purificar no solo la teología y separarse de la Iglesia Católica, sino también la vida real de los cristianos, especialmente hacer una distinción entre sus relaciones políticas y sociales, para vivir de forma coherente con sus creencias escatológicas milenarias.

Muchos de los evangélicos contemporáneos tienen creencias y patrones heredados de estas formas de expresión religiosa, tales como una visión escatológica (es decir, sobre el fin de los tiempos) que influye en su forma de vivir. Hay quienes creen que deben mantenerse puros y alejados de la sociedad corrupta en preparación para la segunda venida de Cristo. Por eso, se organizan en comunidades cerradas a las escisiones y los espectros políticos.

No obstante, esto no es necesariamente constante en los sistemas religiosos y denominaciones del mundo evangélico. Vemos cómo la perspectiva de los creyentes puede variar, las diversas perspectivas, opiniones, visiones del mundo, experiencias y formaciones, ponen en entredicho los discursos institucionales y los sistemas eclesiales, creando dicotomías entre la cultura real y la cultura ideal (Masferrer, 2004, p. 50).

Aunque muchos actores sociales y creyentes buscan seguir una línea doctrinal acorde a lo que las instituciones dicen, no siempre hay uniformidad en las creencias y prácticas. Dentro de cualquier sistema religioso, los creyentes pueden tener diferentes interpretaciones de la doctrina y diferentes propuestas de cómo deben comportarse, lo que genera variaciones en la manera en que viven su fe. Estas diferencias pueden desafiar los discursos oficiales de las instituciones religiosas y cuestionar los sistemas eclesiales establecidos. Es decir, los creyentes no siempre siguen al pie de la letra lo que dicta la autoridad religiosa, sino que pueden reinterpretarlo o adaptarlo a su propia realidad.

Sobre este respecto, Felipe Vázquez (2007, p. 60) destaca dos tipos de creyentes; los primeros son aquellos cuyo interés esencial es no perder su relación con Dios, también buscan influir en su entorno mediante su testimonio personal, el proselitismo religioso intenso y su apego a las enseñanzas cristianas; el segundo, incluye a quienes, por su contexto social y económico o por intereses políticos, asumen un rol más activo en la sociedad, ejerciendo mayor influencia en el ámbito público.

Esto genera una tensión entre lo que podríamos llamar la “cultura ideal”, que se compone de las normas sociales formalmente aceptadas, las expectativas sobre cómo deben actuar las personas y las suposiciones, a veces erróneas, de investigadores y creyentes sobre la práctica invariable de ciertos preceptos y; la “cultura real”, que refleja la manera en que los creyentes viven y practican su fe en su vida cotidiana, influenciados por sus experiencias y condiciones personales.

En otras palabras, a menudo existe una brecha entre lo que la institución religiosa, algunos creyentes y especialistas religiosos establecen como norma, y lo que realmente hacen, dicen o creen otros seguidores. Cabe señalar que esta diferencia no solo se observa entre los creyentes en general, sino también entre los especialistas religiosos con formación teológica. Esto, inevitablemente, da lugar a un complejo entramado de lealtades políticas y posicionamientos que varían según cada individuo o grupo.

Politización y los referentes políticos de los evangélicos en México.

La identificación y el posicionamiento de los actores sociales religiosos involucrados en el ámbito político-religioso son fundamentales para analizar el ejercicio del poder y sus mecanismos. En este aspecto, el análisis se centrará en el impacto de los evangélicos *dispensacionalistas* en la política mexicana, revisando cómo estos grupos se relacionan con el poder político y utilizan los vínculos entre religión y política para mantener y fortalecer su influencia, además de expresar sus lealtades.

Para empezar, es necesario definir algunas de las creencias que existen en el mundo evangélico. El término dispensacionalismo se refiere a un conjunto de creencias sostenidas por ciertos grupos evangélicos sobre el fin de los tiempos, las profecías y la manera en que se estructura la historia. Según esta perspectiva, la historia humana se divide en dispensaciones, o períodos específicos, en los cuales el pueblo judío y el Estado de Israel, desempeñan un papel esencial dentro del plan divino. Más adelante, se profundizará en estos aspectos.

En el contexto mexicano, los evangélicos dispensacionalistas no se adhieren de manera sistemática a un bloque político específico, sino que ajustan sus lealtades políticas en función de sus intereses y convicciones religiosas. A diferencia de otros países, como Brasil o Estados Unidos, donde la influencia de los evangélicos suele ser más radical y autoritaria, los evangélicos

dispensacionalistas mexicanos tienden a ser más estratégicos en su compromiso y lealtad política. Si bien su lealtad política puede depender de la compatibilidad de ciertos objetivos con sus valores religiosos, como la defensa de principios cristianos conservadores en temas como el matrimonio, el aborto y la educación, la realidad social es más compleja.

Es importante destacar que, al igual que otros grupos cristianos, los evangélicos continúan sustentando una serie de significados y objetivaciones arraigadas en la distinción mosaica originada en el antiguo Egipto. Esta distinción establece una concepción dicotómica entre lo verdadero y lo falso, entre un “nosotros” que sigue la *verdad* y un mundo que la ha abandonado, alejándose de Dios y viviendo en el error “los otros”. Su visión se estructura en torno a la oposición entre lo trascendental y lo mundano, entre lo inmaculado y lo corrupto (Assmann, 2006, p. 30).

Sin embargo, aunque existe esta dicotomía, también mantienen una flexibilidad que permiten a los evangélicos mexicanos influir en la política sin necesariamente apoyar un proyecto político específico, al mismo tiempo que desempeñan un papel relevante en la toma de decisiones políticas. Los gobiernos de izquierda, como el de MORENA bajo la presidencia de Andrés Manuel López Obrador (2018-2024), logran conciliar ideas progresistas de índole social con órdenes y valores tradicionales. Este fenómeno refleja cómo los evangélicos, desde sus convicciones religiosas, pueden intervenir en el ámbito político sin alinearse completamente con un partido o ideología concreta (Campos, 2022, p. 45).

La figura de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), quien, aunque no fue un presidente confesional, se presentó públicamente como cristiano², resultó interesante en el contexto político-religioso. AMLO fabricó un discurso brillante, posicionando su perspectiva desde lo que algunos cristianos evangélicos llamaban el “Mero cristianismo”, es decir, una fe sencilla, despojada de los entramados complejos que generaban las etiquetas confesionales y denominacionales, creando así un sentido de identificación con el mundo evangélico. Además, construyó un aparato discursivo que se vinculó eficazmente con las masas, articulando un mensaje social que resaltaba valores como la democracia, la justicia, la solidaridad, la paz, la igualdad y la equidad de género.

2 AMLO, repetidas veces en “La conferencia mañanera, se presentó de esa manera, (“Soy cristiano y lo que practico tiene que ver con Jesucristo”, citado en Suárez, 2023).

Aunque no haya estado afiliado a un sistema religioso particular específico, integró elementos religiosos en su discurso, como referencias a parábolas bíblicas o la imagen de un hombre cercano al pueblo. Esto permitió a los evangélicos sentirse incluidos en su proyecto, ya que su discurso fue lo suficientemente ambiguo como para no representar únicamente los intereses históricos vinculados al catolicismo dominante (Bak Geler, 2023, p. 22).

Este desarrollo de herramientas, también entintadas con planteos políticos que tienen un orden mítico religioso, como el llamado “Éxodo por la democracia”, una expresión del descontento social y rechazo a la manipulación electoral del gobierno, basada en una narrativa bíblica, marcan un cambio en la relación entre el posicionamiento político de orden social de AMLO y los sistemas evangélicos (Masferrer, 2022, p. 133). A partir de los elementos previos, se identifica cómo se construye una alianza no formalizada entre los presupuestos, las posturas políticas de AMLO y los evangélicos, configurando así una voluntad de filiación y alineamiento no institucional de los sistemas religiosos.

Bajo este panorama, los pentecostales constituyen un perfil religioso caracterizado por un orden de creencias literalistas y, en ocasiones, con una orientación dispensacionalista y apocalíptica. Este marco doctrinal se contextualiza en la creencia de la recepción del Espíritu Santo en el cuerpo del creyente.

Entre las décadas de 1920 y 1930, surgieron en México diversas congregaciones y movimientos pentecostales que, aunque inicialmente pasaron desapercibidas, pronto experimentaron un notable crecimiento. Entre ellas destacan la Iglesia Cristiana Interdenominacional y el Movimiento Iglesia Evangélica Pentecostés Independiente (MIEPI, por sus siglas en español). Asimismo, arribaron al país varios movimientos pentecostales provenientes de Estados Unidos, como las Asambleas de Dios. Este desarrollo tuvo lugar principalmente en zonas rurales y en los márgenes urbanos, donde la presencia del Estado era, limitada, en términos de servicios públicos y educación (Ramírez, 2019, p. 124).

Durante un tiempo, estos sectores evangélicos y protestantes tendieron a votar por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), debido a que lo percibían como un partido laicista heredero de las Leyes de Reforma y de la Ley Calles de 1926; estas legislaciones buscaban limitar la participación de las

iglesias, especialmente la Iglesia católica, en la vida pública, lo que finalmente desembocó en la Guerra Cristera³.

Pero esta percepción comenzó a desvanecerse paulatinamente del imaginario colectivo, de la ciudadanía y de los creyentes. Un punto de inflexión fue la entrevista entre el expresidente Luis Echeverría (1970-1976) y el papa Pablo VI (1963-1978) en 1974, la cual marcó un acercamiento entre el Estado mexicano y la Iglesia católica. Posteriormente, la visita del papa Juan Pablo II (1978-2005) a México, realizada en 1979 y repetida en ocasiones posteriores, evidenció un cambio en la actitud del gobierno que facilitó las condiciones para dichas visitas. Estos hechos generaron malestar tanto en los sectores evangélicos como en una parte de la ciudadanía preocupada por la preservación de la laicidad del Estado (Masferrer, 2018, p. 80).

Durante el periodo histórico del Partido Revolucionario Institucional (PRI) como partido hegemónico, en algunas iglesias evangélicas se consolidaron discursos y ceremonias específicas que reforzaron la identidad religiosa, cívica y cultural de estas comunidades. Entre ellas destaca la Escuela Bíblica de Vacaciones (EBV), una actividad que, si bien no persigue fines proselitistas en términos políticos, tiene elementos simbólicos importantes que buscan fomentar la reflexión y el apego a los valores nacionales. Durante la EBV, algunas iglesias suspenden temporalmente sus servicios religiosos habituales y los reemplazan por actividades donde la comunidad en general, y no solo los líderes y especialistas religiosos, participa activamente. Entre estas actividades se incluyen cantos, enseñanzas y dinámicas dirigidas tanto por pastores como por miembros laicos de la congregación.

Para dotar a estas actividades de un carácter simbólico y estructurado, la inauguración de la EBV incluye un ritual distintivo que otorga un marco de “legalidad escolar”. Este acto inicia con una procesión en la que un grupo de miembros de la comunidad, generalmente jóvenes o niños, conforman una escolta que marcha por las calles acompañada por otros integrantes de la congregación. La escolta porta tres símbolos fundamentales: en primer lugar,

3 Cabe destacar que tanto las primeras, leyes de Valentín Gómez Farías, las Leyes de Reforma de 1857 y la Ley Calles tuvieron objetivos más amplios, con una clara intención de ir más allá de subordinar a la Iglesia católica mexicana y regular las actividades de las distintas iglesias. En cuanto a la Guerra Cristera, no es totalmente preciso afirmar que fue una consecuencia directa de estas leyes. La mayoría de los historiadores especializados en el tema consideran que dicho conflicto fue una continuación de la Revolución Mexicana, principalmente de carácter político, vinculado a la lucha por la tierra y el poder, aunque adquirió un matiz religioso.

la Biblia, considerada el núcleo simbólico y físico de la cosmovisión cristiana; en segundo lugar, la Bandera Cristiana, diseñada por Charles Overton el 26 de septiembre de 1897; y, finalmente, la Bandera Mexicana, que representa el vínculo patriótico de los participantes. Además, la escolta recita un voto o juramento a la bandera nacional, cuya declaración suele estar plasmada en una lámina visible durante la ceremonia.

Tras la marcha, la escolta y la congregación ingresan al templo, donde los portadores de los símbolos realizan una serie de maniobras antes de colocarlos en el altar, el espacio más sagrado del recinto. Este acto simboliza la doble identidad de los participantes: su compromiso con la fe cristiana y su sentido de pertenencia a la nación mexicana.

Este hecho resulta significativo, debido a que contrasta con las teorías que caracterizan al pentecostalismo como un movimiento políticamente pasivo y ajeno a los procesos de construcción de la identidad nacional, lo cual forma un elemento interesante, pues en contraposición con “las teorías que señalan al pentecostalismo con un comportamiento político pasivo torno a sus convicciones políticas y ausente de procesos como la construcción de identidad del Estado Nación” (Alvarado, 2006, p. 140), muestra que se sienten identificados con la legitimidad y libertad de cultos que facilita el Estado laico, y en respuesta, atienden al uso del símbolo de la bandera mexicana como un elemento forjador de su identidad como pentecostales.

Con el ejemplo anterior, vemos cómo en ciertos grupos evangélicos se conforman un tipo de expresiones que evidencian su identificación con la legitimidad y la libertad de cultos garantizada por el Estado laico, lo cual se refleja en el uso de la bandera mexicana como símbolo de su identidad religiosa y ciudadana.

Hemos visto que el pentecostalismo en la construcción de su identidad hace un cruce de sus historias mitificadas. Por un lado, traza un vínculo con el pueblo escogido y, por otro lado, traza un vínculo con el nacionalismo mexicano. En este sentido, la noción de identidad tiene que ver con la representación que el sujeto tiene de sí mismo y de los grupos sociales a los que pertenece, así como también de los otros (Alvarado, 2006, p. 130)

Como se mencionó previamente, estos sistemas religiosos surgieron en un contexto de construcción de la narrativa nacional, estrechamente ligado al desarrollo del sistema político mexicano. En este proceso, el movimiento evangélico y pentecostal integraron símbolos nacionales en su práctica religiosa

como una forma de expresar su sentido de pertenencia y respeto hacia el país que les garantiza la libertad de culto.

Asimismo, los discursos evangélicos reflejan una postura crítica hacia la postura apolítica de ciertos grupos religiosos, como los Testigos de Jehová. Esta crítica proviene principalmente de los líderes religiosos, quienes sostienen que las escrituras respaldan el respeto y la obediencia hacia las autoridades estatales. Un ejemplo clave es la enseñanza de Jesús: “Pues dad a César lo que es de César; y a Dios, lo que es de Dios” (Lucas 20:25). Desde esta perspectiva, el nacionalismo y la exaltación de los valores patrios en espacios sagrados no se perciben como una contradicción, sino como una muestra de obediencia al mandato divino de respetar el orden terrenal.

En este contexto, también los evangélicos suelen hacer críticas a grupos que se muestran en negativa a participar en actos de carácter nacional, incluso en ámbitos educativos. Esta postura es vista como una omisión del deber cívico y un distanciamiento de la comunidad nacional. Por ello, al incorporar los símbolos patrios en sus ceremonias, los pentecostales no solo fortalecen su identidad religiosa, sino también su compromiso cívico (es decir, político, como miembros de la *polis*), demostrando que ambas dimensiones pueden coexistir de manera armoniosa.

Aunque durante las décadas de 1970 y 1980 los evangélicos construyeron simbólicamente un sentimiento de alineación al Estado laico y respeto hacia las autoridades gubernamentales, este vínculo comenzó a deteriorarse debido a diversas tensiones sociopolíticas. Por un lado, el gobierno mexicano inició un proceso de descalificación hacia distintas iglesias y líderes religiosos, acusándolos de actuar como “agentes de la CIA” cuyo objetivo era desestabilizar la nación (Masferrer, 2018, p. 80). Por otro lado, la Iglesia católica, preocupada por el avance de los movimientos protestantes, emprendió acciones para dismantelar la teología de la liberación y designar obispos afines al PRI en varias diócesis. A medida que la relación entre el Estado priista y la Iglesia católica se fortalecía, el mundo evangélico experimentaba un creciente sentimiento de marginación y desprotección por parte de un Estado que, aunque se proclamaba laico, mostraba cada vez menos representatividad hacia ellos. Esta situación se agravó con el aumento de la intolerancia y la persecución en comunidades indígenas, localidades rurales y zonas urbanas marginadas, donde los creyentes evangélicos enfrentaron mayores dificultades para practicar libremente su fe. (Masferrer, 2018, p. 81).

La creciente tensión entre el Estado, la Iglesia católica y las comunidades evangélicas no solo impactó las relaciones institucionales, sino que también generó consecuencias directas en diversas regiones del país. En tal sentido, el estado del sureste mexicano, Chiapas, se convirtió en uno de los principales escenarios de conflicto debido a su diversidad religiosa y a las diferencias culturales presentes en sus comunidades indígenas. La expansión del mundo evangélico y el abandono de las prácticas religiosas tradicionales generaron fricciones con los grupos católicos mayoritarios, lo que derivó en actos de intolerancia y violencia. Estas tensiones evidenciaron la falta de mecanismos eficaces para garantizar la convivencia pacífica, y los fallos de un estado que se asumía en discurso como laico, que desembocaron en persecuciones sistemáticas a evangélicos.

Vemos como en los casos como Chiapas, se puede considerar que el trabajo evangelizador y la inserción y proliferación de nuevos sistemas de creencias generan tensiones en el interior de las comunidades. Esto se cruza con la acción de las autoridades constitucionalmente legitimadas frente a las autoridades tradicionales con relaciones políticas que implican instancias estatales, municipales y religiosas. En este sentido los procesos de conversión, evangelización y en general adopción de otras creencias y prácticas hacen que los grupos religiosos hegemónicos en la región persigan a los nuevos grupos. El gobierno, en nombre de la defensa comunitaria, vulneró principios constitucionales para mantener la gobernabilidad en los Altos de Chiapas (López Muñoz, 2007; Uzeta Iturbide, 2007).

La violencia y los desplazamientos forzados por motivos religiosos en Chiapas constituyen un fenómeno arraigado que se extiende por casi cinco décadas y que fomentó el hecho que los evangélicos del país dejaran de lado su apoyo a los gobiernos priistas. La persistencia de estos conflictos evidencia las limitaciones del Estado mexicano para garantizar la libertad de culto.

Por ejemplo, aunque no existen datos oficiales para medir con precisión la magnitud del problema, el informe especial de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) sobre desplazamiento forzado interno de diciembre de 2016⁴ indica que, se registraron más de 30500 casos de desplazamiento interno en Chiapas entre 1974 y 2016; particularmente en la década de 1970

⁴ Ver, Comisión Nacional de los Derechos Humanos. (s.f.). Informe especial sobre la situación de los derechos fundamentales en México. INFORME ESPECIAL SOBRE DESPLAZAMIENTO FORZADO INTERNO (DFI) EN MÉXICO. Disponible en http://appweb.cndh.org.mx/biblioteca/archivos/pdfs/lib_Inf_esp_dfi_mexico.pdf

en el municipio de San Juan Chamula, un número importante de evangélicos fueron obligados a abandonar sus hogares por adherirse a creencias diferentes al catolicismo tradicional.

Esta persecución encuentra un eco particular en el contexto del dispensacionalismo. Para estas comunidades, los actos de intolerancia y el desplazamiento forzado son percibidos no solo como injusticias sociales, sino también como signos escatológicos que confirman la lucha final anunciada por la profecía bíblica. La distinción mosaica, que opone al “pueblo elegido”, según la verdad divina, y a un “mundo” corrupto y hostil, refuerza esta lectura de los acontecimientos.

En tal contexto el sentimiento de abandono por parte de un Estado, que se asume como laico, alimenta una conciencia colectiva de resistencia, integrando estas persecuciones en una narrativa providencial que legitima la búsqueda de poderes políticos más abiertos a la libertad, más activos en la esfera pública.

Esos momentos de intolerancia marcaron puntos de inflexión en la relación entre el mundo evangélico y el Estado mexicano. La percepción de abandono y persecución generada por los desplazamientos religiosos erosionó el respaldo simbólico que los grupos evangélicos habían mantenido hacia el gobierno; la confianza en el Estado que se asumía como laico, desde hacía décadas, se vio severamente afectada. Para los evangélicos, la aparente complicidad, ya sea en apoyo o por omisión, entre las autoridades gubernamentales y los sectores católicos, consolidó la percepción de que el Estado no solo favorecía a la Iglesia católica, sino que también desatendía las agresiones sufridas por quienes practicaban otras creencias.

La persistencia del desplazamiento forzado de familias evangélicas en Chiapas a través de la administración priista ilustra las falencias del Estado laico. Desde el punto de vista dispensacionalista, esta continuidad de la persecución puede interpretarse como una manifestación de la lucha espiritual profetizada. La distinción mosaica, que opone el “nosotros” fiel a la verdad divina y el “ellos” identificados con un sistema corrupto, que no respeta la libertad de cultos, encuentra aquí una resonancia particular. Así se alimenta la convicción de que la fidelidad religiosa implica resistencia no solo espiritual, sino también social y política, legitimando que los creyentes opten por sistemas políticos que favorezcan la libertad de cultos.

En este contexto, aparece justamente la figura de Andrés Manuel López Obrador quien, referencialmente, encarna una nueva dinámica en la relación entre el Estado mexicano y los sistemas religiosos. Aunque nunca se presentó como un líder religioso, su discurso social y moral fue capaz de establecer un vínculo simbólico con estos grupos, además de presentar una narrativa de expresión de resignificación de valores religiosos mediante manifestaciones sociales como el “Éxodo por la democracia”, que buscaban la justicia social, la solidaridad y la lucha contra la corrupción.

El apoyo de los evangélicos en este sentido no es solo ideológico, también forma parte de una lectura moral de la política en la que las acciones políticas y luchas sociales se evalúan a la luz de los principios religiosos. Este marco moral, influenciado por el dispensacionalismo y la distinción mosaica, se perciben como iniciativas para reducir la desigualdad y restaurar la ética en la sociedad como signos de “la obra de Dios”, en oposición a la corrupción y la injusticia, vistas como manifestaciones del “mal”.

Este enfoque se inserta en una espiritualidad escatológica, también se articula con la historia política mexicana, marcada por la Constitución de 1857 y la separación de la Iglesia y el Estado.

De ahí que los evangélicos objetiven sobre AMLO una figura con Buen testimonio, es decir, una persona que vive conforme a sus convicciones, que tiene un sentimiento de atención civil a problemáticas públicas, que vive coherentemente y que apoya la defensa de valores consonantes con la vida cristiana. La buena percepción pública de que AMLO es consistente con sus propuestas políticas y su actuar social es apoyada por un importante sector del mundo evangélico. En una entrevista realizada el 7 de abril de 2024 destaca a un actor social, miembro de una comunidad evangélica que se vio beneficiado por las políticas del gobierno de MORENA. Este individuo expresa satisfacción con las propuestas políticas de AMLO, así como con la experiencia pasada del ex jefe de gobierno de la ciudad de México. Esta perspectiva es particularmente significativa porque nos muestra como los evangélicos objetivan el Buen testimonio como una forma de legitimar su apoyo político. El actor social en cuestión tiene 70 años a la fecha de escritura de este artículo, es migrante en la Ciudad de México. Él nos comenta:

Pues sí, yo creo que la cuestión estuvo bien, la verdad es que veo que este varón(Andrés Manuel López Obrador) pues sí ha cumplido, hasta donde he visto, porque veo la mañanera, es que el presidente pues sí le

ha metido en su trabajo a las cosas que prometió, y desde que era jefe de aquí de la Ciudad de México, que yo me acuerde, no hay cosas que no haya hecho, pues sí, como siempre se nos dice en la iglesia, que no nos metamos en política pero que sí oremos por los gobernantes y yo creo que este presidente sí es una bendición en ese sentido (Comunicación personal, 7 de abril de 2024).

Percepciones del mundo evangélico y lo político

Los evangélicos, como sector, a menudo, marginado por las estructuras políticas tradicionales, encontraron en el discurso de AMLO una racionalidad inclusiva que resuena con sus éticas de significaciones morales y su deseo de justicia social (Bak Geler, 2023, p. 22-23). Obrador utiliza un lenguaje que valora los principios de equidad y apoyo a las poblaciones vulnerables, lo que corresponde a la ética que defienden los sistemas religiosos evangélicos.

Además, el uso de parábolas bíblicas por parte de AMLO, ilustra una estrategia de comunicación que trasciende las fronteras confesionales, reforzando su imagen de líder ético y cercano a los valores cristianos. A diferencia de los católicos mexicanos, el enfoque bíblico del expresidente evoca el “Buen testimonio” para los evangélicos, una forma de vivir y hablar en coherencia con principios religiosos visibles y accesibles.

Las expresiones y peticiones del mundo evangélico en relación con la justicia social encuentran cierta respuesta en el impacto mediático generado por AMLO⁵. Después de ganadas las elecciones de 2018 y el comienzo de las *Mañaneras*, conferencia con horario habitualmente matutino, de prensa del expresidente López Obrador, se ha dirigido no solo a los televidentes y radioescuchas, sino también a un público más amplio en las redes socio-digitales. Este contacto constante ha permitido que las demandas evangélicas, particularmente en cuanto a justicia social, sean visibilizadas y atendidas, al menos en el discurso público. Además, la percepción de congruencia entre lo expresado por AMLO y lo que se vive en la realidad social de muchos evangélicos, refuerza la credibilidad del mandatario ante este sector. Como resultado, este

⁵ Sobre esto se puede destacar que muchos sistemas religiosos evangélicos, sostienen lo que llaman “El Evangelio Social” en el contexto del pentecostalismo se refiere a una perspectiva teológica y práctica que busca aplicar los principios del Evangelio cristiano a cuestiones sociales, políticas y humanitarias en el mundo contemporáneo. Esta perspectiva reconoce que la fe cristiana no debe limitarse únicamente a cuestiones espirituales o personales, sino que también debe tener un impacto positivo en la sociedad y abordar problemas sociales, económicos y políticos. (Chiquete, 2017, p. 33).

vínculo y la percepción positiva de su testimonio político continuó formando un alineamiento del mundo evangélico hacia su figura y su gobierno.

López Obrador adoptó deliberadamente un lenguaje accesible y coloquial para gran parte de la población, lo que provocó el rechazo de las élites intelectuales y políticas, que no aceptaron que este discurso se percibiera como legítimo. Los críticos, le compararon con un predicador, como parte de una estrategia para ridiculizar sus intentos de hacer que el lenguaje político sea más inclusivo y popular. Estos ataques buscaban construir una idea mediática y conjuntamente asociada a visiones elitistas y excluyentes (Bak Geler, 2024, p. 16-17).

Las expresiones coloquiales de AMLO, fueron una forma para demostrar que los *entendía*, una forma de *enviarles* el *mensaje* de que él era como ese ciudadano común, y de representarlos a ellos como un actor social con raciocino. Esto muestra que las decisiones políticas se basan en intereses pragmáticos y en convicciones profundas y afinidades simbólicas. El discurso de AMLO estaba bastante imbuido de referencias a valores morales, ofrecía una percepción de legitimidad que va más allá de los límites de la política tradicional. Esto podría explicar por qué algunos evangélicos lo veían como un líder alineado con sus aspiraciones sociales, o “una persona que cumple”.

Por otra parte, la oposición “conservadora”, formada por el Partido Acción Nacional (PAN), el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), generó un discurso particularmente despectivo, discriminatorio, segregacionista y polarizante, que rompió mucho más las frágiles lealtades socio-religiosas que ya tenían estos partidos.

Una estrategia común y persistente de los aparatos de oposición fue comparar la supuesta irracionalidad e incoherencia del discurso de López Obrador con el de la religión, como si esta última fuera una abstracción prerracional, obsoleta, primitiva y desconectada de la realidad social contemporánea en México. Los evangélicos, como muchos otros sistemas religiosos, pudieron sentirse aludidos con este tipo de declaraciones despectivas.

La presentación de la religión como impermeable al pensamiento y la crítica —cual una burda crítica de la Inquisición— resulta particularmente incorrecta en un país como México, donde millones de personas practican las religiones a través de sincretismos dinámicos creativos y muchas veces críticos de la ortodoxia religiosa y política. Pero comparar a AMLO con

la religión les sirve a estos agentes para resaltar su presunta racionalidad superior y al mismo tiempo para hacer un retrato de las masas como premodernas y dogmáticas (Bak Geler, 2023, p.17).

Como menciona Bak Geler en la cita previa, se pone en evidencia cómo ciertos discursos mediáticos enmarcan la religiosidad y la política de manera reduccionista, como si ésta relación fuese un elemento ajeno a las complejas realidades mexicanas, ignorando la complejidad de los sistemas religiosos en México, lo cual llevaría a esta comparación entre AMLO y la religión, como epítome para presentar a la oposición conservadora como racionales y superiores, sin embargo, este movimiento, consecuentemente, continuaba rompiendo sus relaciones con ciertos sectores religiosos.

2024 y la victoria de una presidenta *judía*

Ya a finales del mandato de AMLO y la conformación de una oposición más radical contra sus proyectos políticos y políticas sociales, formada por los mismos partidos “opositores conservadores” (PAN, PRI y PRD), que categorizaba y criticaba sistemáticamente a grupos marginados, provocó preocupación en el mundo evangélico. El desprestigio y desacreditación a grupos populares, incluidos campesinos, indígenas y otras comunidades religiosas, fue el caso del desprestigio mediático que se agudizó en los creyentes de la Santa Muerte, categorizándolos como narcotraficantes.

Este panorama de creciente polarización política y social, marcado por la retórica de exclusión promovida por la oposición, también alimentó un sentimiento de vulnerabilidad en el mundo evangélico. Aunque los evangélicos no comparten las creencias de otros grupos como los seguidores de la Santa Muerte, la forma en que estos fueron estigmatizados y vinculados a actividades ilícitas, generó una sensación de inseguridad y desconfianza. Este tipo de narrativas, que no solo atacan a comunidades específicas, sino que también cuestionan su legitimidad social, hizo que los evangélicos percibieran una amenaza a su libertad religiosa. Esta perspectiva alimenta el temor entre los evangélicos de que una escalada de censura religiosa y social pueda extenderse hacia ellos. Uno de los entrevistados nos comenta:

“Pero pues igual no nos puede tocar desapercibidos esto, más que nada hay que estar en Cristo para que cuando sea el fin, porque si no, no sabemos, va a estar difícil y no sabemos cuándo, va a ser muy triste que venga el Señor y nos quedemos, pero mientras tanto nosotros sabemos que aquí nos van a perseguir, estamos siempre siendo atacados, por las

noticias y al menos siempre vemos como los de la iglesia popular⁶, nos atacan y vemos el caso por ejemplo de la candidata, esa del PAN que dice que es creyente y todo, pero uno no sabe, puede ser que sea parte de las formas que usan para perseguir el evangelio.” (Comunicación personal, 1 de noviembre de 2023)

Finalmente, parte del posicionamiento evangélico también se cimienta, como se mencionó previamente, en sus creencias, particularmente en su escatología y el filosemitismo. Muchos evangélicos, particularmente dentro de los sectores pentecostales y bautistas fundamentalistas, siguen una escatología dispensacionalista. Esta creencia religiosa establece que los tiempos futuros están divididos en periodos específicos o dispensaciones, y que cada uno de estos tiene un orden, un sentido y un objetivo particular con respecto al pueblo judío, al que no se le hace distinción étnica, religiosa o política, sino que se les ve como homólogos del *Pueblo Cristiano*.

En este marco, cualquier judío, creyente o étnico, es considerado un hijo legítimo de Dios, descendiente del pueblo de Abraham y Jacob, a quienes Dios entregó una promesa de fidelidad y apoyo. Para estos evangélicos, los judíos son personas de valor y respeto, a quienes Dios favorece y hace prosperar debido a las obligaciones proféticas que deben cumplir antes del regreso literal de Cristo y el fin de los tiempos.

Desde esta perspectiva, una figura como Claudia Sheinbaum Pardo, con una política de atención pública, comprometida con el discurso de AMLO y MORENA, centrada en el cambio social, y con un “buen testimonio” en su rol como jefa de gobierno, es vista, desde una perspectiva dispensacionalista, como una alternativa política enviada por Dios al pueblo mexicano. Aunque no parece haber arbitrariedad en su distinción étnica y su postulación con respecto a lo religioso, esta representación puede ser analizada como una estrategia populista de identificación.

Tal construcción no parece consciente por parte del partido MORENA, pero la figura de Sheinbaum, como judía, logró movilizar emociones colectivas y sentimientos religiosos, lo que permitió establecer un vínculo directo entre ella como figura política y “el pueblo de Dios” dentro del imaginario evangélico⁷.

6 Entre la jerga evangélica, se tiende a referir como “Iglesia popular” a la Iglesia Católica, no por ámbitos que marquen parámetros de clase, sino por lo numeroso del sistema religioso católico.

7 Bajo las lecturas teológicas y narrativas como las del Movimiento Iglesia Evangélica Pentecostés Independiente (MIEPI) el pueblo judío es visto como un actor sagrado dentro de

Esto también implica la creación de una narrativa en la que una figura carismática encarna las aspiraciones y deseos del pueblo, lo que se vincula estrechamente con los temores y preocupaciones expuestos anteriormente en el discurso evangélico frente a la incertidumbre del contexto político-social.

Así, desde las raíces históricas del monoteísmo, se introduce una exclusividad religiosa, estructurada en torno a las relaciones sociales. Sin embargo, en el caso de los evangélicos dispensacionalistas, esta exclusividad se reinterpreta para incluir a los judíos en un proyecto escatológico común. Esto no significa que los evangélicos sean responsables ante el judaísmo, sino que los ven como colaboradores en el plan divino, reconocidos como portadores de una promesa divina. Esta es la razón por la cual los evangélicos dispensacionalistas son teológicamente más flexibles a la afirmación de validez universal (Assmann, 2006, p. 47).

En un país como México, donde las narrativas religiosas y el significado simbólico juegan un papel importante en la percepción de los líderes, para los evangélicos, esto puede verse como una alternativa política inspirada para guiar a las personas hacia un futuro de justicia, prosperidad y equidad. Esta representación, para los grupos evangélicos dispensacionalistas, trasciende las divisiones religiosas y étnicas. En este aspecto, esta figura política se convierte en una manifestación de la posibilidad de un cambio guiado por decisiones divinas, vinculando la fe, la política y la transformación social.

Las lealtades políticas en 2024

Para los grupos políticos conservadores y la Iglesia Católica, el hecho de que Claudia Sheinbaum, una mujer de origen judío (aunque no practicante, pero étnicamente identificada), llegara al poder fue una gran conmoción político-religiosa. Esta situación pone en evidencia las fuertes tensiones entre los llamados valores tradicionales que defienden estos sectores conservadores y la imagen de Sheinbaum, que encarna una importante transformación sociopolítica, yendo en contra de los paradigmas establecidos.

La Iglesia Católica, a través de su Magisterio, propone un marco moral universal que guía su compromiso político. Estos discursos, aunque unificadores un diseño cósmico, donde su conexión ancestral con la tierra santa de Israel y oriente medio encarna mucho más que un retorno geográfico: se convierte en una manifestación profética. Esta narrativa, cargada de simbolismo, atribuye a los miembros étnicos y religiosos del judaísmo un sentido de respeto mítico-teológico por parte de los evangélicos.

dentro de la institución eclesial y de los ámbitos conservadores y tradicionales de los creyentes, reflejan una autoridad que se extiende desde Roma hasta las diócesis locales, subrayan así el vínculo histórico y particular entre religión y política. Este vínculo, lejos de ser trivial, reaparece en las elecciones mexicanas de 2024, donde los debates éticos y morales de la Iglesia pretendieron influir en las opciones electorales y reavivar las tensiones sobre la relación entre el poder espiritual y el cívico.

En contraste, los evangélicos, influenciados por el dispensacionalismo, adoptan un enfoque más pragmático y local. Su compromiso político guiado por narrativas escatológicas, donde los acontecimientos contemporáneos se interpretan como parte de un plan divino. Esta orientación mítico-política hace que sus comunidades se muevan en torno a causas específicas, como podría ser el apoyo a líderes populistas o políticas conservadoras/progresistas, sin depender de una autoridad central.

Por su parte, la candidata del bloque conservador, la coalición “Fuerza y Corazón por México”, Xóchitl Gálvez Ruiz, adoptó un discurso político que, si bien fue impactante en algunos aspectos, no logró resonar realmente ni establecer una fuerte conexión con los grupos moralmente conservadores, como los evangélicos. Su discurso se basó en el uso de términos provocadores y, en ocasiones, en la denigración de ciertas comunidades, incluso mediante expresiones de clasismo y críticas dirigidas a los sectores vulnerables. Este enfoque no solo limitó la efectividad de su mensaje para la población en general (no así para ciertos sectores), sino que reforzó la división entre su bloque partidista y varios segmentos del mundo evangélico mexicano, incluidos aquellos tradicionalmente sensibles a los valores morales y familiares.

Las campañas de desprestigio y antisemitismo que fueron llevadas a cabo por el bloque conservador durante el periodo electoral de 2024, en las que se encuentran los ataques del expresidente Vicente Fox Quesada, quien en redes sociales calificó abiertamente a Claudia Sheinbaum de manera peyorativa, desde su cuenta en la red social X, la describió como “judía y extranjera al mismo tiempo”⁸ (Fox, 2023). Estos comentarios, más allá de su carácter xenófobo y racista,

8 En este contexto, algunos grupos evangélicos, como los pentecostales, los bautistas y los evangélicos fundamentalistas, manifiestan un sentimiento de filosemitismo, este término se refiere al apoyo y la admiración por el pueblo judío, motivado en gran medida por su interpretación del dispensacionalismo bíblico. Como resultado, estas comunidades evangélicas a menudo expresan una solidaridad especial con los judíos, debido a su apego a los principios bíblicos, su noción de verlos como el pueblo hebreo de la biblia y su sensibilidad a los

mostraron una perspectiva de intolerancia, aunque hay que destacar que este caso podríamos verlo como un actor de una corriente históricamente conservadora, con intereses neoliberales, que busca capturar elementos identitarios progresistas como la legalización del cannabis.

En mayo de 2024, Xóchitl Gálvez le dijo a un grupo de protestantes que se consideraba “casi protestante”, ella relata:

Yo, de alguna manera, nací en Tepatepec; mi abuelo materno, don Gabriel Ruiz, era practicante de la iglesia pentecostés; el tío Beto, el hermano mayor, de hecho, donó sus propiedades al templo [que] estaba detrás de la casa. Y mi mamá se casa con una persona católica. Y había muchos pleitos. Y yo decía: ‘no se peleen, vamos al templo y vamos a la iglesia’, y así lo resolví desde niña (Gálvez, citado en Rosas, 2024).

Así, pretende ilustrar una postura de mediación y tolerancia religiosa. Esta afirmación, aunque pretende ser un gesto de libertad y tolerancia, causó tensiones en las comunidades evangélicas, especialmente las convicciones fundamentalistas, para quienes la fe tibia o indecisa se percibe como una debilidad espiritual. Nos comenta un actor social entrevistado en abril de 2024:

Yo creo que al final es cosa de que dicen que son y no son, cuando dicen que creen en Dios y a la mera hora no hacen lo que Dios dice, siempre salen con eso de que sirven a Dios, que ayudarán al pueblo o que van a seguir con los planes de Dios, de la biblia, pero no, siempre terminan haciendo lo mismo de que salen con corrupción, lo decía, lo mismo decía este Fox, pero salió igual, no siguen a Dios, como uno dice, debemos orar por nuestros gobernantes, Dios nos manda eso, pero luego desde los candidatos se ve que nos mienten, ya su testimonio dice otra cosa, que tienen una fe débil, que sigue más a sus corazones por eso se dejan llevar por el dinero y la corrupción (Comunicación personal, 7 de abril de 2024).

De acuerdo con ciertas perspectivas bíblicas, especialmente el versículo de Apocalipsis 3:16 “Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”, la fe parcial se equipara con un compromiso con el pecado y la injusticia. Por lo tanto, la autodescripción de Gálvez como “casi protestante” fue percibida por estos grupos como un signo de compromiso religioso parcial, socavando así su credibilidad moral y su alineamiento con los valores evangélicos. Esta percepción nuevamente contribuyó a alejar a una parte del electorado evangélico, para quien la coherencia entre las convicciones espirituales y los comportamientos completos son un pilar fundamental.

Es evidente que estas acciones, aunque no tan mediáticas, tuvieron un efecto particular entre los evangélicos. Debido a su compromiso con el filosemitismo y su sensibilidad ante cualquier forma de discriminación religiosa y social, hizo factible que muchos evangélicos se hayan distanciado del bloque político conservador que usa el discurso antisemita y la tibieza ética y moral. La intención del bloque político conservador, al suscitar el discurso antisemita, era provocar una polarización de los católicos mexicanos contra la candidata de MORENA, pero socavó el apoyo de parte del sector evangélico.

Sin embargo, es esencial enfatizar que una parte significativa de los evangélicos mexicanos se adhieren firmemente a una cultura de secularismo en la esfera política. Para estas personas, la religión, la etnia y las creencias políticas deben seguir siendo independientes, ya que son, sobre todo, las cualidades personales y profesionales de un candidato las que determinan su legitimidad.

Desde esta perspectiva se sigue una lógica según la cual, el uso de ataques basados en la identidad religiosa o étnica, como el antisemitismo dirigido contra Claudia Sheinbaum, no solo pierde su relevancia, sino que se vuelve contraproducente. Si consideramos que un marco de laicismo político, donde la separación Iglesia-Estado es vista como un principio que garantiza la equidad y la diversidad en una sociedad pluralista, entonces cualquier intento de manipulación electoral basada en prejuicios discriminatorios no logra reunir el apoyo esperado.

Este complejo de críticas y discursos peyorativos dirigidos a Sheinbaum por el bloque conservador, así como la tibieza y las falencias espirituales de la excandidata Xóchilt Gálvez, produce una percepción negativa, un “mal testimonio” dentro de las comunidades evangélicas⁹. Por lo tanto, la falta de firmeza en los principios morales, combinada con los ataques discriminatorios, se considera un signo de falta de carácter, mala conducta y compromiso insuficiente con los valores de la justicia social y el respeto de la dignidad cívica.

9 En la ética religiosa del mundo evangélico, el testimonio se refiere no sólo a la profesión de fe, sino también a la coherencia entre las convicciones espirituales y el comportamiento cotidiano

Como resultado, esta disonancia entre la retórica y las acciones del bloque conservador ha debilitado su imagen entre los evangélicos, para quienes la integridad personal y la defensa sincera del bien común son criterios esenciales de credibilidad y un “Buen testimonio político”, especialmente en un Estado laico donde se supone que la coherencia moral trasciende las afiliaciones religiosas.

Paradójicamente, la hábil y curiosa integración de Sheinbaum de símbolos religiosos católicos, como la imagen de la Virgen de Guadalupe y el respeto a estos, en su campaña política fortaleció su conexión con una gran parte del electorado creyente en México. Aunque controvertida, esta estrategia ayudó a tejer una narrativa inclusiva y a mitigar algunas críticas relacionadas con sus orígenes étnicos. Sin embargo, para los sectores conservadores, esta apropiación representó una doble amenaza: por una parte, pareció instrumentalizar elementos sagrados con fines políticos; por otra, difuminaba los límites entre las identidades religiosas y nacionales, poniendo en tela de juicio la autoridad moral de las instituciones religiosas.

Pese a esto, esta lectura crítica no encuentra el mismo eco entre las comunidades evangélicas. Aunque a menudo se muestran reacios a la influencia católica en la esfera pública, estos grupos reconocen, sin embargo, el valor de los símbolos religiosos como expresiones de fe e identidad, así como la importancia de preservar la libertad de expresión espiritual en un contexto político. Para ellos, el uso de símbolos religiosos no es una transgresión, sino que, al contrario, puede mostrar respeto por las tradiciones culturales específicas. Así, lejos de alimentar una oposición categórica, esta reapropiación simbólica reafirma el derecho a manifestar libremente las propias convicciones en un Estado laico.

Para cerrar el círculo, en su discurso de toma de posesión, Sheinbaum mezcló hábilmente elementos de continuidad y ruptura con los valores tradicionales. Al afirmar: “Soy madre, abuela, científica y mujer de fe. Y a partir de hoy, por voluntad del pueblo de México, la presidenta constitucional de los Estados Unidos Mexicanos”¹⁰, con estas expresiones consolidó su posición como figura política respetuosa de los

¹⁰ Ver Gobierno de México. (2024, octubre 1). Hoy llegamos las mujeres a conducir los destinos de nuestra hermosa nación: Presidenta Claudia Sheinbaum. Recuperado de: <https://www.gob.mx/presidencia/prensa/hoy-llegamos-las-mujeres-a-conducir-los-destinos-de-nuestra-hermosa-nacion-presidenta-claudia-sheinbaum>

valores tradicionales, al tiempo que encarnaba una continuidad del “Buen testimonio” de AMLO.

Siguiendo con esta línea argumentativa, aunque no practica ninguna religión, su declaración como “mujer de fe” ha permitido establecer una conexión con el sentimiento religioso del pueblo mexicano (sin la confesión religiosa, los evangélicos pudieron sentirse identificados), auto otorgándose así, más legitimidad simbólica. Al pronunciar una posición de fe, pero no confesional, con una visión progresista, Sheinbaum ha logrado construir una nueva dinámica en la que los valores espirituales se alinean con la política moderna y transformadora, sin oponerse directamente a las tradiciones religiosas establecidas. Esto fortaleció su capacidad de representar una amplia coalición de creencias e identidades, al tiempo que debilitó los argumentos de los sectores de oposición.

Esta declaración de Sheinbaum pudiera ser considerada la base aglutinante para el entendimiento de su elección política; en tanto que, al adoptar una postura “de fe” sin apegarse a una religión específica y dejando a la interpretación del actor social crea una legitimación simbólica para los diferentes grupos religiosos. También, utiliza ese discurso, semánticamente, como una herramienta para neutralizar las críticas provenientes de sectores conservadores y religiosos. Al reivindicar una espiritualidad sin vínculos confesionales, se aparta de los paradigmas religiosos tradicionales del catolicismo que podrían haberla hecho vulnerable a los ataques político-conservadores.

Además, frente a los católicos conservadores, ella no se presenta como una amenaza directa a su herencia y tradición religiosa, aunque encarna un plan político abierto, flexible y que continua con el ejercicio político de la Cuarta Transformación y; para los evangélicos, esta aparente falta de afiliación específica permite una posible identificación, ya que no favorece a ninguna doctrina sobre otras, además de que al observarla como judía, la posiciona como una agente del plan divino.

Conclusiones

En primer lugar, es evidente que el mundo evangélico en México ha evolucionado a lo largo del tiempo, adaptándose a las dinámicas políticas

y sociales del país. Los evangélicos, aunque diversos en sus creencias y prácticas, comparten un compromiso común con la separación de la Iglesia y el Estado. Por lo tanto, es razonable concluir que su influencia política no es en forma de afiliación sistemática a un partido, sino más bien como un alineamiento estratégico con causas específicas que responden a sus valores religiosos, sociales y que favorezcan la libertad de culto.

En segundo lugar, los evangélicos, especialmente los pentecostales y dispensacionales, han forjado una fuerte conexión con los símbolos nacionales de México, como la bandera del país, los cuales incorporan a sus prácticas religiosas para expresar su identidad y respeto por el estado laico. Por lo tanto, este enfoque refleja un deseo de reconciliar su fe con su pertenencia a la nación mexicana, lo que los distingue de algunos sistemas religiosos más apolíticos, como los Testigos de Jehová, que rechazan involucrarse en los asuntos de Estado.

La situación contextual e histórica del pueblo mexicano con respecto a las cuestiones políticas mueven las lealtades del mundo evangélico. La desatención y fallas de administraciones anteriores han hecho que, históricamente, los creyentes se muevan de un lado a otro buscando atención y representación, en este caso, el discurso político de AMLO, como líder político y cristiano autoidentificado, facilitó una tipificación tácita con los evangélicos, especialmente por su enfoque religioso “simple” y sus valores de justicia social, democracia y solidaridad. Por ello, si bien los evangélicos no apoyaron oficial ni sistemáticamente a AMLO, su discurso religioso ambiguo permitió una alianza implícita entre su visión política y las expectativas de los grupos evangélicos, mostrando así la flexibilidad y agilidad de estos últimos en su interacción con el poder político.

La diversidad de creencias dentro de las comunidades evangélicas demuestra que la práctica religiosa, aunque guiada por principios doctrinales, no es fija. Como resultado, los creyentes, ya sean conservadores o progresistas, están constantemente reinterpretando su visión del mundo y moviéndose en conceptos políticos, generando así una pluralidad de compromisos. Esto testimonia una tensión constante entre la “cultura ideal”, impuesta por las instituciones religiosas, y la “cultura real”, experimentada por los fieles en su vida cotidiana.

Por otra parte, la interacción entre la religión evangélica y la política mexicana muestra que los evangélicos no se limitan a una simple observación pasiva de los acontecimientos políticos, sino que participan activamente en la estructuración de la sociedad. Por lo tanto, sus posiciones, a menudo arraigadas en una lectura estricta de las Escrituras, influyen significativamente con cómo se mueven con respecto a los problemas políticos.

Para los evangélicos, la figura de AMLO representa una dimensión plausible de la relación entre política y religión. A pesar de que no es un presidente confesional, su discurso hace que los evangélicos se sientan aludidos, especialmente aquellos que lo observan como un cristiano más “sencillo” y accesible. Como resultado, la capacidad para articular mensajes de inclusión y justicia social reforzó la percepción de los evangélicos como parte de un proyecto político común, al tiempo que mantenía cierta distancia de lo católico que sigue dentro de lo político. Así, los evangélicos en México no forman un bloque monolítico, sino una comunidad muy compleja, diversa y pluralista, que navega entre su fidelidad a los principios doctrinales y su necesidad de verse representados mediante la libertad de cultos en la escena política. Esta dinámica pone de relieve cómo los creyentes pueden utilizar su fe como una herramienta estratégica, al tiempo que participan en relaciones políticas fluidas que se adaptan a las realidades sociales del país.

Al analizar la percepción evangélica de la dinámica de lo religioso dentro de lo político de las elecciones mexicanas de 2024, parece que la interacción entre fe, identidad y estrategia electoral jugaron un papel decisivo en la percepción de los candidatos por parte de diferentes sectores de la sociedad. Por un lado, el enfoque de Claudia Sheinbaum, aunque criticado por su apropiación de los símbolos católicos, logró establecer una conexión emocional con gran parte del electorado creyente. Teniendo en cuenta que el uso de símbolos religiosos en un contexto político puede reforzar la proximidad cultural con los ciudadanos, la estrategia de Sheinbaum, a pesar de su dimensión controvertida, demostró ser eficaz para ampliar su apoyo. Este éxito atestigua el poder de las referencias espirituales en una sociedad donde la religión sigue siendo un pilar de identidad, incluso dentro de un estado secular.

Por otro lado, la candidatura de Xóchitl Gálvez encontró obstáculos relacionados con la percepción de su compromiso religioso para el mundo evangélico. Al afirmar que es “casi protestante”, ha suscitado reservas entre los evangélicos fundamentalistas, para quienes la coherencia espiritual es un criterio esencial de credibilidad; si se acepta que, según su interpretación de las Escrituras, la fe tibia equivale a una falta de sinceridad moral, entonces la postura de Gálvez solamente debilitó su imagen ante este electorado. Este factor, combinado con el uso de discursos divisivos, peyorativos a sectores vulnerables y ataques personales, reforzó la idea del “mal testimonio”, percibido como un signo de carácter moralmente cuestionable y compromiso político sin ética.

A su vez, el rechazo a la retórica antisemita dirigida a Sheinbaum subraya que, para una parte significativa de los creyentes mexicanos, la separación entre religión y política sigue siendo un principio fundamental. Si consideramos que el laicismo garantiza la equidad y el respeto a la diversidad, entonces los ataques basados en el origen étnico o religioso de un candidato solo motivan a un electorado apegado a los valores de la inclusión y la justicia social a alejarse. Esta perspectiva explica por qué la estrategia discriminatoria adoptada, por ciertos sectores conservadores, no ha obtenido el apoyo esperado, ilustrando así los límites de los discursos basados en el rechazo al otro en una sociedad plural

La complejidad de las reacciones evangélicas a estas dinámicas revela una tensión entre su reserva con respecto a la influencia católica y su reconocimiento de la libertad de expresión religiosa. Si consideramos que estas comunidades valoran la libertad de culto como un derecho fundamental, entonces el uso de símbolos religiosos por parte de Sheinbaum no fue necesariamente percibido como una transgresión, sino más bien como un reconocimiento del papel de lo sagrado en el espacio social. Esta ambivalencia subraya que, aunque los evangélicos prefieren una expresión coherente y sincera de la fe, pueden apreciar la integración de referencias espirituales cuando reflejan un respeto por las tradiciones culturales compartidas.

Además, el filosemitismo evangélico actúa como un factor legitimador implícito, reduciendo la resistencia a sus orígenes judíos, pues refuerza la idea de que Sheinbaum, si bien encarna un proyecto progresista,

supo confiar en valores tradicionales para construir un nuevo tipo de lealtad, donde religión y política coexisten sin oponerse.

En tercer y último lugar, en México se mantiene una frontera simbólica entre lo religioso y lo político, sin embargo, esto no impide la conformación de lealtades y posicionamientos políticos de los sistemas religiosos debido a que, figuras como AMLO y Sheinbaum, utilizan discursos que, si bien no son explícitamente confesionales, establecen conexiones simbólicas con los creyentes, tanto evangélicos como católicos.

Asimismo, el dualismo descrito por Jan Assmann, heredado de la distinción mosaica, juega un papel clave en la forma en que los evangélicos perciben la política. De acuerdo con este marco, el mundo está dividido entre lo “verdadero” y lo “falso”, lo “divino” y lo “corrupto”, una visión que guía su interpretación de los acontecimientos contemporáneos como una lucha escatológica entre el bien y el mal. Así, esta concepción dualista influye en sus opciones políticas, dirigiendo sus lealtades hacia figuras y movimientos percibidos como portadores de verdades morales, espirituales y libertades civiles que son para el bien de sus visiones de mundo.

Si bien, los evangélicos mexicanos han desarrollado históricamente un sentido de lealtad simbólica al Estado laico y de respeto a las autoridades, este vínculo se ha deteriorado gradualmente a los grupos políticos de un poder monolítico, ahora identificado como conservador. Por una parte, tenemos un gobierno mexicano que históricamente ha desacreditado a algunas iglesias acusándolas de conspirar contra la estabilidad nacional; por otra, la Iglesia Católica fortaleció mucho su influencia política con respecto a los mandatos del PRI, consolidando posición privilegiada. Este contexto generó un sentimiento de exclusión y vulnerabilidad entre los evangélicos.

Esta percepción de abandono se ha acrecentado en regiones como Chiapas, donde la diversidad religiosa ha provocado conflictos. De acuerdo con el principio de la distinción mosaica, intensifica la percepción de una lucha entre un ambiente hostil y la defensa de la “verdad” divina. Así, los actos ocurridos en San Juan Chamula, no sólo son interpretados como conflictos sociales, sino como persecuciones motivadas por su fe.

De este modo la pérdida de confianza en el Estado laico marcó un punto de inflexión en la relación entre los evangélicos y el poder político en México. Por un lado, la memoria colectiva de la persecución religiosa ha fortalecido su búsqueda de reconocimiento y respeto a su identidad espiritual. Por otro lado, esta ruptura simbólica ha llevado a una reconfiguración de sus lealtades políticas, alejándolos paulatinamente del apoyo tradicional al PRI y al PAN. Por último, el recuerdo de la persecución religiosa alimenta este sentido de pertenencia y defensa de su identidad, reforzando su compromiso de apoyar a las fuerzas políticas que creen que respetan y protegen su libertad de culto.

Referencias:

Alvarado López, G. (2006). *El poder del Espíritu: La visión política del pentecostalismo en el México contemporáneo*. Buenos Aires: Editorial Libros de la Araucaria.

Assmann, J. (2006). *La distinción mosaica o el precio del monoteísmo*. Madrid: AKAL.

Bak Geler, D. (2023). Introducción, *Racionalidad e Invención en Ternuritas. El linchamiento Lingüístico de AMLO*. México: Chamuco.

Chiquete, D., & barrios, A. (2017). *Entre Cronos y Kairos: Estudios históricos y teológicos sobre el pentecostalismo latinoamericano*. Editorial Kerigma.

Fox Q., Vicente [@VicenteFoxQue]. (2023, septiembre 25). JUDIA Y EXTRANJERA A LA VEZ [Tweet]. X. Recuperado de: <https://x.com/VicenteFoxQue/status/1706448982036152527>

López Muñoz, V. Y. (2007). Reseña: Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas. Intereses, utopías y realidades, de Carolina Rivera Farfán, María del Carmen García Aguilar, Miguel Lisbona Guillén, Irene Sánchez Franco y Salvador Meza Díaz. *Sociológica*, 22(63), 279-284. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3050/305026593013.pdf>

Masferrer kan, E. (2004). *¿Es del César o es de Dios?; Un modelo antropológico del campo religioso*. México: Plaza y Valdés/ UNAM.

Masferrer kan, E. (2018). *Lo religioso dentro de lo político: las elecciones de 2018*. Buenos Aires: Editorial Libros de la Araucaria.

Masferrer kan, E. (2022). Entre Lealtades políticas y lealtades religiosas. *Religiones Latinoamericanas*. Nueva Época n. 9. Debate del Campo político religioso Latinoamericano. ALER. 117-138.

Ramírez cerecedo, L. F. (2019). *Reconstrucción histórica del Templo Filadelfia, del Movimiento Iglesia Evangélica Pentecostés Independiente, en Álamo Temapache*. (Tesis de licenciatura). México: Universidad Veracruzana.

Ramírez cerecedo, L. F. (2024). *Carisma del “Movimiento Iglesia Evangélica Pentecostés Independiente”: Un estudio comparativo Ciudad de México y Álamo Temapache* (Tesis de maestría). México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Rosas, O. (2024). VIDEO – Xóchitl, ¿protestante? Y católica. Ambas. Cristianos la proclaman presidenta. *Sinnmbargo.mx*. Recuperado de: <https://www.sinembargo.mx/4506160/video-%C2%AC-xochitl-protestante-y-catolica-ambas-cristianos-la-proclaman-presidenta>

Suárez, M. (2023, diciembre 26). ¿Es católico?Cuál es la religión que profesa AMLO. *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/mexico/2023/12/26/es-catolico-cual-es-la-religion-que-profesa-amlo/>

Uzeta iturbide, J. (2007). Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas. Intereses, utopías y realidades, de Carolina Rivera Farfán, María del Carmen García Aguilar, Miguel Lisbona Guillén, Irene Sánchez Franco y Salvador Meza Díaz. *Perfiles Latinoamericanos*, 14(29), 225-230.

Vázquez palacios, F. (2007). *La fe y la ciudadanía en la práctica evangélica veracruzana*. Publicaciones de la Casa Chata.

Fuentes orales

Actores sociales del Movimiento Iglesia Evangélica Pentecostés Independiente, Álamo Temapache, Veracruz y Tlalpan, Ciudad de México (Para resguardar la identidad de los actores sociales que amablemente compartieron sus opiniones se omiten sus nombres).